

El colapso de las narrativas identitarias en *Eva* (2017) de Arturo Pérez-Reverte

*Pérez-Reverte se vale de las novelas de espías para dismantelar las grandes narrativas y evitar la manipulación de la memoria colectiva y de las identidades en torno a la Guerra Civil. Cuando la historiografía se pone al servicio de una ideología, la historia se convierte en mito, en una identidad fija que representa los intereses de un grupo particular, centrándose en la esencia inmutable del grupo y construyendo narrativas heroicas fijas que posibilitan la creación de comunidades imaginadas. La novela *Eva* (2017) desvela las mitificaciones generadas por ambos bandos de la contienda, mostrando un mundo falto de valores en el que muy pocos viven realmente según sus ideales.*

Palabras clave: *novela de espías, posmemoria, memoria colectiva, comunidades imaginadas, Arturo Pérez-Reverte*

*Arturo Pérez-Reverte makes use of the spy novel genre to dismantle the grand narratives of the Spanish Civil War and thereby avoid the manipulation of collective memory and identities. When historiography is used to serve an ideology, history becomes a myth, a fixed identity that represents the interests of a particular group. In doing so, it focuses on the group's immutable essence, constructing fixed heroic narratives that make imagined communities possible. *Eva* reveals the myths generated by both contending sides of the civil war and presents a violent, selfish world without values – a place where only a few live according to their ideals*

Keywords: *spy novel, postmemory, collective memory, imagined communities, Arturo Pérez-Reverte*

Arturo Pérez-Reverte continúa con *Eva* (2017) las aventuras de su espía Falcó. Si en la primera entrega, *Falcó* (2016), su misión era rescatar de la cárcel a José Antonio Primo de Rivera, en esta ocasión, marzo de 1937, Lorenzo Falcó viaja hasta Tánger, donde confluyen espías, conspiraciones y negocios ilícitos, con el encargo de conseguir que el capitán del barco *Mount Castle*, cargado con oro del Banco de España con destino a Moscú, cambie de bandera. Mientras la Guerra Civil sigue su dramático curso, Falcó se enfrenta

de nuevo a Eva Neretva, la agente soviética con quien compartió protagonismo en la novela anterior. Ella debe conseguir que el carguero llegue a Odessa con treinta toneladas de oro. Falcó debe procurar que el destructor del bando nacional *Martín Álvarez* obtenga el oro para evitar que el mercante y su carga acaben en el fondo del mar. Los dos espías terminan en la cama, golpean con saña las partes más vulnerables del contrario y ordenan el asesinato de peones del otro bando. Espías nacionales, republicanos y soviéticos, hombres y mujeres, se enfrentan en una guerra oscura y sucia que poco tiene que ver con los discursos oficiales y los supuestos ideales de ambos bandos.

El objetivo del presente trabajo es analizar *Eva* como novela de espías que procura mostrar lo que hay detrás de los discursos que uno y otro bando del espectro social español han mantenido en las últimas décadas para evitar la manipulación de las memorias colectivas y las identidades hoy en día. Tales identidades son fruto, como señala Marianne Hirsch en *The Generation of Postmemory*, de un pasado heredado que, tras haber recorrido variados y sinuosos caminos, se han convertido en mito. Vivimos en una “época de la conmemoración, en la época de la nostalgia, esto es, en un presente cuya relación con el pasado ha adquirido una amplia variedad de formas y ha replanteado un sinnúmero de debates y reflexiones en torno a ellas” (Quílez 59). Se trata de un momento en el que abundan los replanteamientos de la memoria oficialmente establecida y en el que se da “voz a los sujetos que, en otro tiempo, estuvieron marginados en lo que a las narraciones del pasado se refiere [provocando] en la sociedad un profundo respeto por el pasado, al tiempo que incentiva en ella el sentimiento de colectividad y de identidad nacional” (59) que afecta a los descendientes de ambos bandos de la Guerra Civil. Unos y otros se aferran a la memoria heredada; unos haciendo más énfasis en “las grandes hazañas de los grandes hombres” (Burke 16) y otros en la “historia desde abajo”, de aquellos cuyos relatos personales fueron silenciados (18), pero todos en un proceso de idealización del relato propio y de demonización del contrario. En este sentido, los espías hacen suya la definición del diablo cojuelo, que quita los tejados de las casas para ver lo que se esconde en ellas, mostrando las miserias que ocultan los despachos, los negocios, las salas, las calles, los callejones y los túneles (Ellis 29). Esto supone un vehículo perfecto para desvelar las historias mitificadas que, en ambos lados, han promovido la elaboración de una memoria colectiva identitaria.

Años antes de que se produjese el boom de la novelística de espías en España con autores como Alejandro Gándara, ganador del premio Herralde con *Últimas noticias de nuestro mundo* (2001); Javier Marías, *Tu rostro mañana* (2002); Lourdes Ventura, *La cantante de hotel* (2003); María

Dueñas, *Entre costuras* (2009); Francisco Castillo Arenas, *Cazar al Capricornio* (2009) y *La otra cara de Jano* (2012); José Luis Caballero, *El espía imperfecto* (2009); Fernando Rueda, *La voz del pasado* (2010); Antonio Manzanares Escribano, *El informe Müller* (2013) y *Nuestra parte del trato* (2015), Pérez-Reverte realizó una primera incursión en el mundo del espionaje con *El maestro de esgrima* (1988), si bien será con *El tango de la vieja guardia* (2012) donde muestra quiénes son los autores en los que se inspira.

El protagonista de *El tango*, Max Costa, escéptico ante “las ‘verdades’ que esgrimen unos y otros durante la guerra civil española” (Ramón García, “De hombres” 543) experimenta un cambio radical en su vida cuando conoce a Mecha Inzunza, una mujer que se mueve “en un mundo como el del Elliot Templeton de la novela de Maugham” (552). La novela que ella lee, y que resulta ser intertexto de la acción, es *The Razor’s Edge*, cuyo epígrafe dice: “The sharp edge of a razor is difficult to pass over; thus the wise say the path to Salvation is hard” (Maugham, 1944), y, desde que se conocen, la vida del protagonista “se encuentra constantemente en el filo de la navaja; a punto de perder la vida” (Ramón García, “De hombres” 553). Entre sus lecturas también se encuentran novelas de Eric Ambler, autor al que:

[S]e le conoce sobre todo porque sus protagonistas rara vez son espías profesionales, policías o detectives. De hecho, uno de sus temas recurrentes es el del amateur que acaba, pese a su voluntad, rodeado de criminales o de espías. El protagonista se encuentra entonces fuera de lugar y parece más bien lo opuesto a un héroe, aunque al final acaba sorprendiendo: haciéndose con las riendas de la situación y superando a sus más que avezados oponentes. (Ramón García, “De hombres” 554)

Justo lo que le sucede al personaje pérez-revertiano. De hecho, Max se encuentra entre la espada y la pared, obligado a hacer de espía, por lo que pregunta, “¿[p]or qué me escoge a mí, habiendo espías de verdad? (Pérez-Reverte, *El tango* 276)” y la respuesta que recibe resulta realmente clarificadora; “[e]sto es Francia, y la situación política internacional es delicada. Usted es un individuo sin filiación política. Un apátrida en tal sentido, por decirlo de alguna manera” (276). Habiendo accedido a regañadientes, y tras salir airoso de la situación, Max volverá a poner su vida en juego por segunda vez pese a que ya no le obligan los espías internacionales. En cierta manera, Pérez-Reverte estaba preparando al público para la aparición de Falcó.

Falcó comienza su andadura en 2016 en un ambiente muy determinado y detallado, al estilo de Le Carré, como señala Castellet, “muy directamente ligado al acontecer histórico; [pretendiendo con ello] reflexionar sobre la

decadencia de su país” (7), lo cual es una constante en el escritor cartagenero. Presenta un cuadro de desagregación moral, erosión de las instituciones, desmoronamiento de las creencias y soledad del individuo, al que se le ha privado de orientaciones en un universo abandonado por la justicia y la verdad (Corcuff 50) que nos recuerda los ambientes llenos de falsedad, ocultación y traición que gustan a Le Carré. Falcó se mueve en un mundo “en donde el crimen es lo ordinario” (Boltanski 56), por lo que, siguiendo la estela de Maugham, “adopta una postura moralmente neutral desde un punto de vista político. Lo que importa, pues, no es el bando en el que milita el agente secreto, sino la intriga propiamente dicha y el conflicto interno, personal o de grupo, que tiene por contenido la ‘falsedad’ o la ‘traición’” (Castellet 6). De modo que, para él, “los bandos estaban perfectamente definidos: de una parte él, y de la otra todos los demás” (Pérez-Reverte, *Falcó* 101).

En esa primera entrega, Pérez-Reverte describe un “hormigqueo de agentes y servicios nacionales y extranjeros ... además de los múltiples organismos de espías y contraespías españoles que se hacían la competencia y a menudo se entorpecían unos a otros” (*Falcó* 18), que nos recuerda, en cierta manera, a las inquietudes y sin sabores que sufre el protagonista de *El agente que vino del frío* de Le Carré cuando tuvo que dejar su campo de operaciones y volver a las oficinas. Así pues, no es de extrañar que Falcó prefiera estar “en el campo de operaciones, [donde] al menos las cosas están claras: todos eran enemigos declarados” (79), en vez de en la zona nacional, para quien trabaja.

El universo de Falcó es un mundo en el que la violencia, como en las novelas de Robert Ludlum, está siempre presente, ya sea por medio de torturas o de asesinatos, puesto que matar “estaba al alcance de cualquier imbécil” (Pérez-Reverte, *Falcó* 81). En estos autores, como en Len Deighton, encontramos un mundo en el que nadie es lo que parece ser, nadie ocupa el lugar que le corresponde y, especialmente, nadie hace lo que se espera que debiera hacer. Además de la intriga propiamente que pone en marcha la narración, el lector se encuentra ante un mundo que comparte con el marqués de *El maestro de esgrima* la idea de que “la virtud no es rentable” (Pérez-Reverte, *El maestro* 113), un mundo de desagregación moral y de desmoronamiento de creencias que cuestiona su propia realidad. Unas historias llenas de paranoias, engaños y contradicciones donde la ley y el orden son, como apunta Mandel, relativos y ambiguos (148).

En este marco, Falcó, superviviente y cínico hasta la médula de contrapunto a todas las grandes narrativas de nación, de grupo o de comunidad imaginada, siguiendo a Benedict Anderson, enarboladas por

uno u otro bando. Por medio de sus ojos descubrimos, en palabras de Pérez-Reverte:

cuando ves un conflicto desde fuera, tienes claro que los buenos son los republicanos, los bosnios, o los sandinistas. Y los malos, los nacionales, los serbios o la Contra. Pero cuando pones el zoom en las personas, en un falangista de 15 años o un poumista de 15 años, las cosas pueden no estar tan claras. (citado en Alós)

Esta falta de claridad y de valores es una constante en *Eva*. La novela muestra un escenario en el que se engaña, se apuñala con saña, se tortura, se hacen negocios sucios y contrarios a las banderas e ideologías que asoman constantemente en el trasfondo, enarbolando *grand récits*, siguiendo a Baudrillard, que casi nadie sigue. Frente a las memorias colectivas promovidas por ambos bandos y, en cierta manera, continuadas por los descendientes de quienes vivieron la guerra, Pérez-Reverte nos propone un relato de espías para mostrarnos que “el mundo era así, era 1937. No podemos juzgar el pasado con los ojos del presente”, sostiene el autor (citado en Alós). En ese sentido, *Eva* supone una llamada de atención sobre los peligros de la desmemoria pues “somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos” (Pérez-Reverte, “En compañía”), y lo hace descarnadamente, sin falsas bondades.

Cuando en 1986 se cumplieron cincuenta años del comienzo de la Guerra Civil, Juan Luis Cebrián escribía en *El País* que, sobre la contienda, se había dicho de todo y

pretender decir algo nuevo, a estas alturas, sobre un hecho que ha merecido tan abundante atención de historiadores y propagandistas sería inútil. [Pese a todo] hay algo, sin embargo, sobre lo que merece aún la pena reflexionar, y es el significado actual de lo sucedido, su incidencia en el comportamiento civil y político de los españoles de hoy y su contribución a la formación de la memoria histórica de este país.

En la sociedad de finales de los años ochenta resultaba “palpable una voluntad de distanciamiento y superación de aquello como condición segura de su paz” y la guerra civil parecía “un fantasma alejado en el tiempo y no ya un demonio familiar de nuestra convivencia. Pero, aún con todo, los españoles siguen viniendo al mundo con el estigma de su recuerdo marcado en el corazón” (Cebrián). No tanto porque, afirma, la gente estuviese feliz sin más por cómo se habían sucedido los hechos a lo largo de los años, sino porque la

estrategia de difusión y propaganda de [Franco, ha mantenido] perennemente vivo el recuerdo de sus hazañas bélicas. De manera que 40 años después del levantamiento militar, y gracias al empleo masivo de los medios de comunicación y a una política de consignas y censuras [ha dado lugar] a la elaboración de una conciencia colectiva que ponía a los españoles en disposición de aceptar cualquier cosa antes que la repetición de aquel horror. (Cebrián)

Poco después, con los gobiernos socialistas de Felipe González, proliferaron las películas, las novelas y los documentales en los que se resaltan no tanto los horrores de la Guerra en general sino, principalmente, aquellos cometidos por el bando vencedor (Ramón García, *De las olimpiadas* 80-96; Walsh, "The Inescapable" 229-30). Se pasó de promover una identidad basada en las antiguas glorias imperiales y en la necesidad de la guerra para evitar un mal mayor por parte del régimen, a promover una identidad de inocencia, optimismo e inteligencia generalizada por parte de los perdedores frente a la barbarie de los ganadores. La relevancia de los discursos de ambos bandos de la contienda es tal que "prácticamente nada de lo que ha ocurrido en España en el último medio siglo – y aún mucho de lo que antes pasó – podría entenderse cabalmente sin una referencia constante al significado, traumático y profundo, de aquel suceso" (Cebrián).

En este sentido, cuando en noviembre de 2005 se cumplió el trigésimo aniversario de la muerte de Franco y en 2006 el septuagésimo aniversario del comienzo de la Guerra Civil, parece claro que "though silence was expedient, these events were not erased from individual memory, nor could they ever be" (Walsh, "The Inescapable" 229). De hecho, continúa Walsh, desde los años cuarenta habían estado apareciendo historias acerca de la guerra y la postguerra contadas en clave simbólica:

[T]hrough the eyes of adolescents, perhaps *Nada* (1944); *Primera memoria* (1959) and/or exposing what has been termed "individual alienation" *La familia de Pascual Duarte* (1942): Post Franco Spain saw, and continues to see, what could be termed an avalanche of pro-Republican narratives, stories which recover memories. ("The Inescapable" 229)

La preocupación por la memoria y su intersección con la historia es uno de los elementos característicos del presente momento cultural en Europa. Para Alison Ribeiro de Menezes, en su introducción a *Guerra y Memoria en la España contemporánea*, esta tendencia en España se debe más a razones propias y particulares, "a la obsesión por el pasado reciente del país, y en concreto, por la herencia de la guerra civil de 1936-39 y la dictadura franquista que la siguió" (Ribeiro de Menezes 9), que al seguimiento de

alguna moda generalizada. Encontramos una proliferación de discursos que quieren revisar la memoria de la guerra civil por parte de una generación que no la vivió, pero que continúa la memoria de unos abuelos que sí lo hicieron (Walsh, *Arturo Pérez-Reverte* 13; Ribeiro de Menezes 9). Tal situación, para el hispanista Stanley Payne, es inevitable dado el “gran resentimiento fruto de cualquier guerra entre hermanos.”

Para muchos críticos, la novelística española desde la Guerra Civil ha estado marcada por una visión manipulada del pasado durante décadas (Ramón García, *De las olimpiadas*; Walsh, “The Inescapable” 117). Partiendo de la premisa de Hayden White de que “historical knowledge always comes to the present in a processed form, not as raw data or information stored in an archive or data bank” (“Historical” 29), resulta evidente que nuestra única manera de acceder al pasado es por medio de una reconstrucción del mismo. Tenemos acceso a una manera posible de percibirlo, que no es la única (26). Cuando la historiografía se pone al servicio de una ideología, la historia se convierte en mito, en una identidad fija que representa los intereses de un grupo particular, centrándose en la esencia inmutable del grupo, conectando el pasado con el presente y construyendo narrativas heroicas fijas (White, *Metahistory*; Burke). Estas narrativas implican, siguiendo la terminología de Henry S. Commager (1967), la recreación de un pasado usable para la creación de identidades individuales y grupales coherentes que hace pensar que sus recomposiciones son representaciones verdaderas y fiables (Thompson 152). En esta línea, la historiografía oficial del régimen supuso “el último, y exitoso, intento del Ejército español por recrearse como razón final de la existencia de la patria y nexo nucleador de la unidad nacional, [basado en] su propio y particular sentido de la patria” (Cebrián). La Guerra Civil se revela como un “enfrentamiento abierto entre dos conceptos radicalmente diferentes de España” (Cebrián) al tiempo que un despliegue de propaganda para sustentarlos.

Frente a aquella narrativa grandiosa de esencias inmutables ha surgido la proliferación de la historia sin mayúsculas en las últimas décadas; una aproximación al pasado en la que predominan las historias particulares (Burke, Le Goff, Nora). El pacto de silencio promovido durante la Transición, tan criticado por intelectuales como José Vidal-Beneyto, Manuel Vázquez Montalbán y Gregorio Morán (Ramón García, *De las olimpiadas* 12, 71-96), supone un esfuerzo por evitar una nueva confrontación y avanzar en la democratización del país basado en “the need for forgiveness if past wrongs were ever to be forgotten” (Walsh, *Arturo Pérez-Reverte* 7). Sin embargo, el perdón, que comparte rasgos con la memoria, el pasado y el olvido, a menudo se confunde con reconciliación (Ramón García, *De las olimpiadas* 16; Walsh, *Arturo Pérez-Reverte* 7). Y no todos lo perciben por igual. El

resultado “se caracteriza por guerras de memorias normativas y cambios relativamente rápidos en el horizonte memorial de la colectividad española” (Ribeiro de Menezes 11). En un mundo dominado por “medios de comunicación cada vez menos controlados y más asequibles (internet, blogs, páginas “wiki”), las configuraciones memoriales normativas ... se van sustituyendo y contestando continuamente y, en el proceso, fragmentándose” (12). Ya no se encumbra una u otra manera de comprender el pasado, sino que los individuos y los grupos compiten entre sí en su manera de percibirlo y, con ello, su propia identidad. La negociación pública, cambiante y transformativa del pasado memorialístico, supone que la memoria oficial y la personal, individual o colectiva, se mezclan y se retroalimentan la una de la otra. Ambas siguen procesos textuales similares y se nutren de “wider discourses such as those of national identity, religion, and human rights and structured and given meaning by existing ‘narrative templates’ consisting of recognizable myths, narrative genres and conventions” (Thompson 149). De estos mitos bebe la literatura contemporánea española relacionada con la guerra si bien, en lo que llevamos de siglo XXI, parece haber un intento por presentar:

a more balanced view of Spain’s twentieth-century history. Gradually, so gradually as to be almost imperceptible at first, there seems to be a movement away from one-sided narratives to a more complex and, perhaps, more authentic description of what it was really like to live through the Spanish Civil War. (Walsh, “The Inescapable” 230)

Si para Ribeiro de Menezes “el franquismo contaminó nuestra historia de glorias imperiales y la reforma educativa de Solana y Maravall cayó en el extremo opuesto, tirando toda esa historia por la borda” (8), la narrativa de Arturo Pérez-Reverte, empeñada en recuperar aquellas partes del pasado que fueron mitificadas por unos o silenciadas por otros, pone el énfasis en luchar contra la desmemoria para que los jóvenes puedan “comprender la España actual” (Pérez-Reverte, “Alatriste”). La tendencia actual de querer borrar o reescribir partes de la historia por parte de algunos, señala el autor, únicamente nos hace más proclives a ser manipulados, a convertirnos en “monigotes en manos de oportunistas y sinvergüenzas, [pues] la historia no es buena ni mala, sino sólo historia, y borrándola creemos corregirla o librarnos de ella, cuando el resultado es justo lo contrario” (Pérez-Reverte, “En compañía”).

La ficción pérez-revertiana “emphasizes the need to remember, with dire warnings should the past be forgotten” (Walsh, *Chaos* 34). Frente a los discursos mitificados o los higienizados, políticamente correctos, de uno u

otro bando, *Eva* proporciona al lector una novela sin buenos ni malos, repleta de ambigüedades, de zonas grises y de discursos creados para forjar la identidad de los grupos a base de enfrentarlos; independientemente de quién tirara la primera piedra.

El discurso promovido por la Falange y por los elementos próximos al régimen proponía recuperar la esencia de España:

Intelectuales falangistas como Pedro Laín Entralgo, llegarían a decir que el fascismo había salvado al hombre de la falsedad de la Historia al haberle devuelto los valores eternos que se habían perdido. Giménez Caballero compartía la idea de que la historia reciente de España era un error, hablando de tres siglos de bastardización de la misma en *Genio de España* (1932) y llegaría a decir de José Antonio que éste era el “Agnus Dei qui tollis peccata Hispaniae”. Ya durante la Guerra Civil, en un artículo de 1937, llamaría Sodoma bíblica y puta de Babilonia pagando por sus pecados a la Madrid republicana asediada por las tropas franquistas ... El fascismo se presenta así como la apelación romántica al mito que busca deshacer la historia para volver a los orígenes. (Ramón García, *De las olimpiadas* 92)

En esta línea, Florentino Pérez Embid escribe posteriormente (1952) en *Arbor*: “[A]nte la ruina de los principios de la modernidad y de sus limitaciones españolas, buscamos ... la vitalidad histórica de aquel maravilloso plano de España que don Marcelino tenía en la cabeza” (153), e insiste en “usar expresiones como ‘una concepción permanente de la existencia española’, ‘una unidad superior’ o ‘la vitalidad histórica’ y adecuar su significado a las necesidades del régimen” (citado en Ramón García, *De las olimpiadas* 95). La historiografía franquista propone un pasado mitificado frente a la propuesta de la República y de su aliado durante la guerra: la Unión Soviética. Para David Herzberger, se trata de un discurso que nace como respuesta para protegerse de los ataques que, en opinión de los falangistas, buscaban minar a España en un tiempo en el que “la barbarie roja destruye iglesias y obras de arte” (Pérez-Reverte, *Eva* 55). De ahí que aquellos que luchan del lado de Franco se autodenominen “la cruzada de salvación nacional” (Pérez-Reverte, *Eva* 21) o “la cruzada antimarxista, [peleando] [p]or Dios y por España” (111) y que periódicos como el *ABC* publiquen “en primera página [que], era necesario, aunque doloroso, amputar la parte enferma para salvar al paciente” (Pérez-Reverte, *Eva* 43).

Frente a esta comunidad que busca recuperar la esencia inmutable de un pasado glorioso, la Unión Soviética propone una comunidad imaginada más parecida a la de Benedict Anderson, “always conceived as a deep, horizontal comradeship” (8). Su objetivo es establecer una comunidad en expansión cuyos individuos, aunque no hayan coincidido nunca con otros

miembros de esa comunidad imaginada que viven en otra zona o en otro país, compartan la impronta de esa común unión (Anderson 7), como la que profesa Eva Neretva: una “fe comunista convencida y fría, casi religiosa” (Pérez-Reverte, *Eva* 146). Frente a la opresión del sistema capitalista, los comunistas persiguen un mundo que, cuando triunfe la Revolución, goce de la igualdad entre todos los trabajadores del mundo y, para ello se embarcan en una guerra que la espía describe “como inmensa, justa e inevitable [una] lucha internacional del hombre contra el hombre, para liberar al hombre incluso a pesar de él mismo. Causa despiadada, feroz, sin concesiones ni miramientos” (146).

Ambos bandos construyen y afianzan su identidad principalmente en contraposición a la del otro. En palabras de Cornel West:

[I]dentity is fundamentally about desire and death. How you construct your identity is predicated on how you construct desire, and how you conceive of death: desire for recognition; quest for visibility ... the sense of being acknowledged; a deep desire for association – what Edward Said would call affiliation ... But identity also has to do with death. ... Persons who construct their identities and desires often do it [sic] in such a way that they are willing to die for it [sic]. (15-16)

Ambos bandos construyen así su identidad hasta el punto de morir por ella, como es el caso del capitán del mercante *Mount Castle*, consciente de que su barco no tiene ninguna opción de escapar, y del capitán del destructor *Martín Álvarez*, que combate “en una cruzada que consider[a] necesaria. Es una lucha antimarxista, contra la gentuza que desangra España” (Pérez-Reverte, *Eva* 190). Ambos saben bien que la posibilidad de la muerte está siempre presente. Se trata de una lucha que la Unión Soviética, principal aliada del gobierno de la República, también entiende como una cuestión de fe. En este orden de cosas, cualquier individuo que no siga lo que le dicta su grupo corre el riesgo de ser eliminado puesto que “individuals are tolerated only as far as their wholehearted identity with the universal is beyond question” (Adorno 124). No importa si se trata de “la eliminación de la vieja guardia bolchevique [por, supuestamente], anteponer, todavía, de modo burgués, los sentimientos a la idea colectiva de la humanidad” (Pérez-Reverte, *Eva* 249) o de una agente que ha demostrado en repetidas ocasiones su adhesión a la causa, pues siempre “existe la posibilidad ... de que me envíen allí para acusarme de desviacionista y contrarrevolucionaria ... Eso no podemos descartarlo” (249), como señala la propia Eva. Según la espía soviética, si ella misma “estuviera contaminada por [el viejo mundo], sería justo que desapareciese con ese mundo” (250). Pero su fe no es la norma, sino la excepción.

El ambiente en que se mueve Falcó es un mundo en el que prima, tal y como señala Philippe Corcuff respecto a la novela de espías, la desagregación moral, la erosión de las instituciones, y el desmoronamiento de las creencias en un universo abandonado por la justicia y la verdad (31). Mientras que, por un lado, los discursos oficiales hablan de camaraderías y esencias nacionales, lo que encontramos es un mundo en donde el crimen es lo ordinario (Boltanski 56) y en el que el patriotismo se impone por medio de multas. Eso se lee “bajo un cartel de *Pida siempre Domecq* [en el que vemos] un aviso que decretaba multas para quienes incumplieran las normas patrióticas – No saludar brazo en alto a la bandera, 30 pesetas –” (Pérez-Reverte, *Eva* 70). *Eva* es un relato lleno de rudeza y con un sentimiento de vacío como el que encontramos en *Ashenden* de William Somerset Maugham (1928), una de las obras en las que se basa Pérez-Reverte para construir el mundo de *Eva* junto a *The Mask of Dimitrios* de Eric Ambler, (1939), *Tánger: la ciudad internacional* de Rocío Rojas-Marcos (2009) y *La Guerra Civil en Sevilla. Antecedentes. Frente Popular. 18 de julio* de Nicolás Salas (2009) según explica el propio autor (Pérez-Reverte, “Alguna vez colaboré”).

Falcó se muestra como un cínico desencantado cuya filosofía de vida incluye “mujeres, cigarrillos, restaurantes. Cosas así” (Pérez-Reverte, *Eva* 12) y no dejarse matar por ningún ideal o causa. Ni siquiera hace el menor intento por saber si su enlace portugués, “que trabajaba para el bando nacional por convicción o dinero” (14), sigue vivo o no tras la emboscada que han sufrido: “ése ya no era asunto de Falcó” (14). Este espía se mueve según conviene y, comenta, el aire que le sopla esta vez es el “de la cruzada antimarxista. Por Dios y España” (111), lo cual no le supone el menor reparo. El suyo es un “oficio de imprevistos; un ajedrez de riesgos y probabilidades [en medio de] una guerra sucia que se libraba tanto en los campos de batalla de España como en las respectivas retaguardias, y también en lugares extranjeros oscuros y sórdidos” (14). En su opinión, ambos bandos tienen las manos manchadas de sangre inocente. Tanto los unos “como los otros, [porque] en vez de curas, los rojos tienen comisarios políticos.” (111). Ante esta disyuntiva tan poco halagüeña, con “tres millares de fusilados desde el 18 de julio” (36), cada vez que Falcó se cruza con un pobre trabajador, con “un superviviente – de algo, de lo que fuera – se pregunta qué clase de bajeza habría cometido para sobrevivir” (36), pues no concibe que se pueda sobrevivir a una guerra si no es a base de traicionar a algo o a alguien. Su creencia en los ideales impuestos por unos y por otros es, salvo en muy contadas excepciones, nula.

Como novela de espías, *Eva* presenta las tensiones surgidas entre el Estado, el capitalismo y las diferentes fuerzas que puedan acechar o atacar

a uno de estos. Al tratarse de fuerzas que pueden encontrarse físicamente fuera de las fronteras del Estado, haciendo de éstas un espacio poroso, el conjunto de enemigos, agitadores y desestabilizadores es enorme. Los propios cimientos del Estado se ven socavados por la presencia de traidores, “topos” y conspiraciones. El Estado pasa así de ser el protector de los ciudadanos a un criminal en potencia, un peligro para los mismos ciudadanos a los que dice representar, de ahí que Falcó exprese que “la palabra *gobierno* se ha vuelto relativa” (Pérez-Reverte, *Eva* 109). El carácter relativo y ambiguo de la ley y del orden se impone en la novela de espías (Mandel 148-49), y la guerra se convierte en una oportunidad para hacer negocios. Por ese motivo, el hotel

Andalucía Palace, el más caro y lujoso de la ciudad, 120 pesetas diarias, [es] frecuentado por altos mandos militares, oficiales superiores de la Legión Cóndor y de las tropas voluntarias italianas que combatían junto a Franco, y también por hombres de negocios – mucho alemán en busca de mineral de hierro y wolframio – y gente relacionada con la oligarquía local. (Pérez-Reverte, *Eva* 37)

El espía se desenvuelve con facilidad en un mundo de intereses velados y de engaños, haciéndose pasar por un hombre de negocios que importa y exporta “productos de alta necesidad y todo eso ... No sólo en las trincheras se defiende a España de la chusma marxista” (Pérez-Reverte, *Eva* 41), afirma con sorna. No en vano, negocios como los de Tomás Ferriol, amigo personal de Franco, un “pirata de cuello blanco, modales británicos y frialdad teutona [que] había sido el principal apoyo financiero del golpe contra la República (45), son los que mueven los hilos de este universo “abandonado por la justicia y la verdad” (Corcuff 30).

Para el capitán Vasco Almeida, de la policía secreta portuguesa, la guerra civil española resulta un disparate: “una guerra civil para cambiarle el color a una bandera es mucha guerra. Los españoles estáis majaras. Lleváis veneno en la leche” (Pérez-Reverte, *Eva* 32). Si bien, en realidad, le resulta indiferente: “[n]o tengo nada que objetar – dijo con sequedad – a que os destripéis al otro lado de la frontera, ni a que metáis armas alemanas e italianas de contrabando por el puerto de Lisboa, siempre que paguéis a quien haya que pagar” (33). Al igual que muchos otros personajes de la novela, con tal de hacer negocio con la guerra, él hace la vista gorda.

La idea de España del jefe de Falcó tampoco es muy halagüeña y encaja con la definición que da Boltanski de la novela de espías como espejo de las crisis y las tensiones de una sociedad. Con preocupación y malhumor afirma que “aquí todo el mundo conspira, calumnia y delata para situarse bien” (Pérez-Reverte, *Eva* 58), lo cual hace difícil ganar la guerra. Respecto al lado

republicano, añade: “una república con cada uno de su padre y de su madre ... y es que sólo se puede ser liberal en Inglaterra y republicano en Suiza. Si lo nuestro es un drama, lo de los rojos es un sainete. De Arniches” (58). El comentario que le merece a Falcó no puede ser más irónico: “peor lo tienen los otros, señor. Socialistas, comunistas, anarquistas ... esos sí que fusilan sin método, Almirante. Al buen tun tun. No como nosotros, que ponemos sacerdotes para salvar almas” (58). En palabras del propio Pérez-Reverte:

Falcó se burla de la retórica de su bando. De las frases hechas ... Es lo que me interesa de la Guerra Civil, que sea un fondo narrativo. Porque yo no quiero explicarla ni explicar el franquismo. Tengo clarísimo que el franquismo era malo y no dedicaré una novela a explicar esa obviedad. (Pérez-Reverte, “Tengo clarísimo”)

Motivo por el cual cada uno de los comentarios de Falcó referentes a los supuestos grandes ideales de sus empleadores rezuma ironía. Pese a ello, Falcó tampoco se alía ni ideológica ni sentimentalmente con el lado republicano; no sólo porque su única premisa es sobrevivir y no tomar bando, sino que hasta una convencida de la causa republicana como Eva reconoce que el bando republicano está lleno de ineptos y asesinos, y que:

de no ser por nuestra ayuda militar, nuestros asesores y nuestra disciplina, el desastre sería aún mayor ... Con esos estúpidos anarquistas, más interesados en hacer la revolución que en ganar la guerra, y esos burócratas atrincherados en sus nuevos privilegios, pidiendo armas para que otros luchen por ellos y cárceles para meter a sus adversarios políticos. (Pérez-Reverte, *Eva* 255)

Su manera de actuar “es un disparate ... milicias fuera de control, demagogia, oportunismo, terror de retaguardia, falta de unidad y odio africano entre ellos mismos. Se matan a la menor ocasión” (Pérez-Reverte, *Eva* 111). Es un lugar donde el crimen también es lo ordinario (Boltanski 56), de modo que lo mejor es no involucrarse con nadie y seguir solo (Corcuff 31). El de Falcó “en realidad era un lugar sencillo: un equilibrio natural de adrenalina, riesgos, fracasos y victorias. Una larga y excitante pelea” (Pérez-Reverte, *Eva* 64). Sin pasados ni esencias gloriosas que recuperar ni tampoco con revoluciones por lograr, el espía se mueve con facilidad por Tánger, ciudad internacional de “límites imprecisos” (125) donde “espían hasta los limpiadores y las putas” (98). Dentro de esos límites porosos señalados por Corcuff circulan también los encargados del espionaje de ambos mandos en la ciudad africana, Rexach e Istúriz. Hasta el incidente del barco cargado con el oro, estos dos supuestos contrincantes procuraban, como buenos “sacristanes, ... no soplar[se] el cirio” (Pérez-Reverte, *Eva* 101) y hacer sus

propios negocios. El encargado del bando nacional, Rexach, no puede dejar escapar “un destello de codicia” (102) ante la posibilidad de hacerse con un pellizco del dinero destinado a sobornar al capitán del barco republicano. Sus intenciones reales casan tan mal con el discurso patriótico que enarbola que Falcó fracasa en su misión y casi le cuesta la vida. Todo el mundo es sobornable, incluido el encargado de los mandos franceses de Tánger, “no hasta el punto de que nos eche una mano, pero sí de que mire hacia otro lado cuando nos convenga” (142-43). Todo es susceptible de convertirse en un negocio y la banca internacional lo sabe: “la peseta republicana vale tres veces menos que la del general Franco ... indicio elocuente de a quién pronosticaban vencedor los banqueros y los mercados internacionales” (139).

Aunque la única bandera a la que responde Falcó sea la suya propia, él sabe apreciar a gente como los capitanes de los barcos *Martín Álvarez* y *Mount Castle*. Marineros cuyo “sentido de pertenencia a la comunidad se ve reforzado ... por un sistema de reglas encaminadas hacia la acción épica, retorcida, singular ... que les hace sentirse parte de algo importante” (Ramón García, “Francotirador” 191-92); algo que conforma su identidad hasta el punto de morir por ella. El capitán Navia, pese a saber que puede ser sustituido en cualquier momento, actúa en conciencia y deja en puerto internacional a los naufragos del *Mount Castle* en lugar de apresarlos pues, afirma, “soy marino, soy católico y amo a España. Me sublevé contra el caos de la República por mis ideas, y hago la guerra para cumplir con mi deber, no para contentar a mis jefes” (Pérez-Reverte, *Eva* 117). Un héroe como también lo es el capitán del *Mount Castle*, que cumple con su deber a sabiendas que su barco va a acabar en el fondo del mar. Para Falcó, los dos capitanes son como tantos otros que ha “visto pasar muchas veces camino del olvido o del cementerio, sin dejar atrás más que un redoble de tambores que sólo escuchan ellos” (118). No hay recompensa para ninguno de estos dos héroes. El capitán del mercante republicano no sobrevive al ataque del *Martín Álvarez*. El capitán del barco nacional es enviado a una oficina en represalia por no haber mantenido presos a los naufragos.

El personaje más apreciado por Falcó es Eva, pues está “revestid[a] de esa fe, los hombres y mujeres como ella no malgastan sus últimos minutos interrogando al Padre sobre por qué los había abandonado” (Pérez-Reverte, *Eva* 379). Ella es, junto a los dos capitanes de barco, la excepción a la falta de comunión real con la narrativa identitaria de todos los demás personajes de la novela. Desde su encuentro, la identidad de Falcó queda definida por Eva, por lo que “it will never be ‘returned’ to what it was ... that the self never returns to itself free of the Other, that is ‘relationality’ becomes constitutive of who the self is” (Hegel 147-48). Desde sus primeros encuentros, ella “se

había revelado maestro indiscutible en el juego turbio, arriesgado, que jugaban ambos. Con su frialdad tan soviética. Casi inhumana” (Pérez-Reverte, *Eva* 67), y los recuerdos de sus momentos juntos la persiguen de manera recurrente en la novela hasta formar parte ineludible de la personalidad del espía. Falcó se suma a la lista de personajes masculinos pérez-revertianos a los que el encuentro con una formidable mujer en su pasado les influye directamente en su presente (Ramón García, “De hombres menores” 542-45). En palabras del autor, “la mujer es el último héroe épico actual, un soldado en un territorio enemigo, sin retaguardia ni analgésicos sociales. Su mirada es mucho más lúcida porque su mundo es más duro y desolador. La mujer se autoengaña menos que el hombre, que ha puesto las reglas del juego” (Pérez-Reverte, “La mujer”). Eva encaja a la perfección en esta definición. Agente de la NKVD soviética, cree firmemente en los valores de la Revolución comunista. Una revolución que involucra a políticos, intelectuales y campesinos por igual en la creencia de que la historia les tiene reservado un papel, por lo que se vuelcan en promover la caída de los viejos valores. En palabras de una de las poetas de la revolución, Anna Andreevna Akhmatova:

[T]he world was being turned upside down and ... the future lay before us like virgin earth so that all we needed to do was sow seed. And who better to do the sowing but young poets and artists who had repudiated the old contaminated values and who carried within themselves an inspired vision of a new haunt, something higher and more sensitively organized and conscious of its mission. (Broemer 56)

Para lograr este nuevo mundo, el engaño y la seducción son herramientas comunes. Todo aquello que entorpezca la revolución se ha de erradicar. Eva no solo se vale del engaño y se muestra seductora en la primera novela de la serie, sino que parte de su misión consiste en intervenir “directamente en la detención, interrogatorio y ejecución de elementos trotskistas” (Pérez-Reverte, *Eva* 76), lo cual cumple sin el menor reparo. Está convencida de que “el mundo viejo debe terminar” (250), por lo que “el sacrificio de miles de hombres y mujeres acaba no siendo más que un par de líneas en los libros de historia” (253). El fin justifica los medios, y lo importante es que se logre la revolución del pueblo. Todo lo demás es secundario, incluso el acudir a Falcó para que le ayude a superar el trauma de haber sido torturada (256-62) mientras sus compañeros comunistas torturan con saña al joven agente de radio que trabajaba con él.

El grupo de los que realmente creen en sus ideas hasta el punto de morir por ellas (West 15-16) es tan reducido que merece la atención de Falcó. Lo normal en aquel mundo es que la seguridad y los principios no existan, ni

siquiera para el comisario político Trejo quien, pese a hablar de la República y de los derechos inalienables del pueblo, lo tiene todo listo para “tomar las de Villadiego” (Pérez-Reverte, *Eva* 231) y desertar. Al no poder confiar en los supuestos ideales de nadie, Falcó se mueve en un “turbio oficio de cazadores y presas, donde con tanta facilidad podían invertirse los papeles, la confianza excesiva, la aparente seguridad, el no mirar a la espalda o no acechar siempre el sonido de pasos enemigos mataban con tanta eficacia como el veneno, la bala o el puñal” (62). Por eso él no tiene ningún interés en premios ni ideologías: “Lo suyo era el juego considerado como fin ... Cierta clase de paraísos reservados a los héroes estaban vetados para él” (175). Libre de ataduras e ideologías, él puede cometer un crimen simplemente “por desahogo. Por el alivio de matar” (176), reflejo de la naturaleza de muchos de los que se enfrentan en la guerra, pero sin esconderse tras la máscara de ninguna ideología, algo que no incomoda mucho a los falangistas, por lo que, cuando se encuentran con sus contactos, intentan “establecer si se las había con un creyente o un mercenario” (97).

Eva revela un universo corrupto, sin justicia y sin verdades como plantean Corcuff, Boltanski, Tadié y Mandel respecto a la novela de espías. Por medio de Falcó interpretamos a personajes y circunstancias y, cuando se encuentra frente a Eva, expresa lo que opina de sus ideales: “[y]o no tengo fe como tú, ni camaradas de lucha, ni creo en la redención del proletariado” (Pérez-Reverte, *Eva* 340) ni tampoco en sus “criminales jefes fascistas” (369). Gracias a Eva y a unos pocos personajes, como los capitanes de barco Navia y Quirós, descubrimos a alguna persona que sí que tiene principios e ideales que conforman realmente su identidad. No así Falcó, que ironiza tanto acerca de las consignas del bando nacional como de las de los comunistas que apoyan al bando republicano: “¿Debería creer en vuestras checas de retaguardia? ¿En los pilotos de caza y los tanquistas rusos? ¿En esa idílica República donde los comunistas gastáis más balas en matar trostkistas y anarquistas que soldados de Franco? ... No digas simplezas” (340-41). La narración hace buena la afirmación de Boltanski respecto a que los supuestos valores e ideologías de muchos no son más que una tapadera para ocultar sus verdaderos intereses y filiaciones (93). El escenario resultante es un canto trágico que se refleja fielmente en la novela de espías, “la gran literatura moral de nuestra época” (Manchette 31), una literatura que revela las atrocidades cometidas por todas partes:

Movía Falcó la cabeza con desaprobación. Pensaba en los juicios iniciados en Moscú el año anterior, con los que Stalin afianzaba su poder. La mayor parte de la vieja guardia leninista había sido juzgada y ejecutada por desviacionista y contrarrevolucionaria. La Unión Soviética y sus servicios secretos se convertían en

un infierno de detenciones y torturas, con todo el mundo delatando para sobrevivir. Y cuando alguien caía en desgracia, arrastraba con él a subalternos, familiares y amigos. (Pérez-Reverte, *Eva* 342)

Aquí, la gente confiada es la que “llen[a] los cementerios, y en España las cunetas” (Pérez-Reverte, *Eva* 338). Los individuos con valores, y con verdaderos gestos de nobleza, como los capitanes asturianos de los dos barcos, Quirós y Navia, acaban superados por la corrupción y la falta de valores reinante (Tadié 3); el primero en el fondo del mar y el segundo relegado del mando y en una oficina del Ferrol.

Juan Luis Cebrián abogó en 1986 por reflexionar sobre la incidencia de la guerra civil en el comportamiento civil y político de los españoles y en su contribución a la memoria histórica del país pese a que, en aquel entonces, el recuerdo de la guerra parecía superado. Lo cierto es que la memoria de aquellos horrores no sólo sigue viva (Walsh, “The Inescapable” 229; Ribeiro de Menezes 11) sino que, gracias a la fragmentación promovida por los medios digitales, se compite por configurar las memorias colectivas y, por ende, las identidades contemporáneas (Fuchs 17; Ribeiro de Menezes 12). Pérez-Reverte afirma estar harto del “insulto intelectual que supone querer contarnos la Guerra Civil de 1936 con una mentira inversa a la del franquismo, afirmando que el bando republicano fue bueno hasta la santidad, mientras que el bando insurrecto se compuso únicamente de alimañas crueles y sanguinarias” (Pérez-Reverte, “Es imposible”). Por ese motivo, escribe *Eva* del modo que hizo con *Falcó*, reflejando lo mismo que él ha visto en las siete guerras civiles en las que ha estado; que

la gente atrapada en el torbellino que cae en un bando u otro es la misma ... una novela sin buenos y malos. Una novela en la que el protagonista se mueve en esa zona gris y ambigua en la que se mueve la mayor parte de la gente en las guerras civiles que he conocido. (Pérez-Reverte, “Tengo clarísimo”)

El escritor comparte con su espía “una forma de ver el mundo” (Pérez-Reverte, “Tengo clarísimo”) y en *Eva* relativiza el sentido de la existencia humana (Corcuff 30), hasta el punto de que Falcó sufre “sueños recurrentes que lo acompañan desde hacía tiempo, haciéndole sentir solo y desarraigado; despertándolo bruscamente con una intensa sensación de frustración o de fracaso” (Pérez-Reverte, *Eva* 260). La novela de espías permite así desvelar las mitificaciones generadas en torno a los discursos identitarios de ambos bandos que están reforzando los diferentes “sentimiento[s] de colectividad y de identidad nacional” (Quílez 59) y muestra un mundo descarnado, corrupto, violento y falso en el que sólo

unos pocos viven realmente según sus ideales. Enmarcada en este género, *Eva* nos muestra que “un momento de pelea ... descubre más sobre la naturaleza esencial del ser humano que siglos de cultura, educación y paz” (Pérez-Reverte, *Eva* 323). Lejos de los discursos al servicio de las ideologías de uno y otro bando que buscan generar narrativas heroicas fijas y la creación de identidades, la novela nos muestra un universo de ambigüedades en donde los valores brillan por su ausencia y el crimen campa por todas partes sin excepción. *Eva* se suma así al intento de Arturo Pérez-Reverte de luchar contra la desmemoria para evitar ser manipulados pues “la historia no es buena ni mala, sino sólo historia” (Pérez-Reverte, “En compañía”). Como comentamos anteriormente, conocer la crudeza del pasado nos ayuda a no “olvidar que somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos” (Pérez-Reverte, “En compañía”). Con poco que contribuya a frenar esa desmemoria, con que algo cambie respecto al pasado, apunta Walsh refiriéndose a la teoría del caos, se puede evitar repetir los mismos errores del pasado o, al menos, que vuelvan a ocurrir en la misma medida y manera (Walsh, *Chaos* 137). *Eva* posibilita al lector replantearse los discursos de esencias nacionales y de camaraderías sin fronteras que han llegado hasta nuestros días.

Universidad Católica de Valencia

OBRAS CITADAS

- ADORNO, THEODOR. *The Culture Industry: Selected Essays on Mass Culture*. London and New York: Routledge, 2001.
- ALÓS, ERNEST. “Arturo Pérez-Reverte, a puñaladas por Tánger.” *Elperiodicoextremadura.com. El Periódico de Extremadura*, 21 oct. 2017, S. Pag. Web.
- AMBLER, ERIC. *The Mask of Dimitrios*. 1939. London: Penguin Modern Classics, 2009.
- ANDERSON, BENEDICT. *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London and New York: Verso, 1991.
- BOLTANSKI, LUC. *On Critique: A Sociology of Emancipation*. Trad. Gregory Elliot. London Oxford: Polity Press, 2011.
- BAUDRILLARD, JEAN. *Cultura y simulacro*. Trad. Pedro Rovisa, Barcelona: Kairos, 2007.
- BROEMER, MARLENE. *War and Revolution in St. Petersburg: Modernist Links in the Poetry of Edith Södergran and Anna Andreevna Akhmatova*. Tesis Doctoral. U of Helsinki, 2009, S. pag. Web.

- BURKE, PETER. *Formas de hacer Historia*. Trad. José Luis Gil Aristu. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- CASTELLET, JOSÉ MARÍA. "Novelas de espías." *Literatura*, 9 (1997): 6-7.
- CEBRIÁN, JUAN LUIS. "Se cumplen hoy cincuenta de la guerra civil." *El País*, 18 jul. 1986, S. pag. Web.
- COMMAGER, HENRY STEELE. *The Search for a Usable Past and Other Essays*. New York: Knopf, 1967.
- CORCUFF, PHILIPPE. "Novela policial, filosofía y sociología crítica: referencias problemáticas." *Cultura y Representaciones Sociales* 8.16 (2014): 30-51.
- ELLIS, ROBERT RICHMOND. "Detectives, Mad Bookmen, and the Devil's Disciples: A Reading of *El club Dumas, la novena puerta* of Arturo Pérez-Reverte." *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 31.1 (2006): 29-45.
- FUCHS, ANNE, ET AL. *German Memory Contests: The Quest for Identity in Literature, Film and Discourse*. Rochester: Camden House, 2006.
- HEGEL, G. *The Phenomenology of Spirit*. Trad. A. V. Miller. New York: Oxford UP, 1997.
- HERZBERGER, DAVID, K. *Narrating the Past: History and the Novel of Memory in Postwar Spain*. Durham and London: Duke UP, 1995.
- HIRSCH, MARIANNE. *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del holocausto*. Madrid: Carpe Noctem, 2015.
- LE GOFF, JACQUES. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós, 1991.
- MANCHETTE, JEAN-PATRICK. *Chroniques*. Paris: Rivages, 1996.
- MANDEL, ERNEST. *Meurtres exquis. Histoire sociale du roman policier*. Montreuil, Paris: La Brèche, 1986.
- MAUGHAM, WILLIAM SOMERSET. *Ashenden o el agente secreto*. 1928. Barcelona : Penguin Random House Grupo Editorial España, 2010.
- NORA, PIERRE. *Les Lieux de mémoire*. Paris: Gallimard, 1997.
- PAYNE, STANLEY. "Encuentros digitales de El Mundo." *El Mundo*, 27 nov. 2006, N. pag. Web. Accedido 1 diciembre 2006.
- PÉREZ EMBID, FLORENTINO. "Breve historia de la revista *Arbor*." *Arbor* 75. XXI (1952): 305-16. Web.
- PÉREZ-REVERTE, ARTURO. "Alatriste es una lucha contra la desmemoria." *Elmundolibro.com. El Mundo*, 28 nov. 2001, S. pag. Web.
- . "Alguna vez colaboré con el espionaje español." *Elpais.com. El País*, 15 dic. 2017, S. pag. Web.
- . "En compañía de tontos." *Zendalibros.com. Patente de Corso*, 2017, S. pag. Web.
- . "Es imposible entender lo que somos sin conocer lo que fuimos." *Elpais.com. El País*, 12 enero 2002, S. pag. Web.
- . *Eva*. Madrid: Alfaguara, 2017.

- . “La mujer es el último héroe épico actual.” *El Levante Digital*, 26 jun. 2002, S. pag. Web. <http://www.icorso.com/reinasur3.html>. Accedido 20 agosto 2002.
- . “Tengo clarísimo que el franquismo era malo. No dedicaré una novela a explicar esa obviedad.” *Elmundo.es*. El mundo, 19 oct. 2016, S. pag. Web.
- . *El maestro de esgrima*. Madrid: Mondadori, 1988.
- QUÍLLEZ ESTEVE, LAIA. “Hacia una teoría de la posmemoria. Reflexiones en torno a las representaciones de la memoria generacional.” *Historiografías* 8 (2014): 57-75.
- RAMÓN GARCÍA, EMILIO. “De hombres menores y mujeres formidables: el hombre a la sombra de Mecha Inzunza en *El Tango de la Vieja Guardia* de Arturo Pérez Reverte.” *Revista de Literatura* LXXX. 160 (2018): 541-65. S.
- . “*El Francotirador Paciente*: Una “storia falsa” que amenaza la identidad de una comunidad imaginada global.” *Bulletin of Hispanic Studies* 94. 4 (2017): 183-98. <https://doi.org/10.3828/bhs.2017.12>
- . *De las olimpiadas de Barcelona a la Ley de la memoria histórica: La re-visión de la historia en la novela histórica española*. Murcia: Nausicaä, 2007.
- RIBEIRO DE MENEZES, ALISON, ET AL. *Guerra y memoria en la España contemporánea/ War and Memory in Contemporary Spain*. Madrid: Verbum, 2009.
- ROJAS-MARCOS, ROCÍO. *Tánger: la ciudad internacional*. Granada: Almed Ediciones, 2009.
- SAID, EDWARD. “Representing the Colonized: Anthropology’s Interlocutors.” *Critical Inquiry* 15 (1989): 207-17.
- SALAS, NICOLÁS. *La Guerra Civil en Sevilla. Antecedentes. Frente Popular. 18 de jul. Sevilla : Guadalquivir*, 2009.
- TADIE, BENOIT. *Le polar américain, la modernité et le mal*. Paris: PUF, 2006.
- THOMPSON, MICHAEL. “Remembering What Didn’t Happen in the Civil War: Beatus Ille and ¡Ay, Carmela!” Ribeiro de Menezes et al., 147-64.
- WALSH, ANNE L. *Arturo Pérez-Reverte. Narrative Tricks and Narrative Strategies*. Suffolk: Tamesis, 2007.
- . *Chaos and Coincidence in Contemporary Spanish Fiction*. Bern: Peter Lang, 2012.
- . “The Inescapable Nature of Memory: The Case of *El lápiz del carpintero* (Manuel Rivas) and *El vano ayer* (Isaac Rosa).” Alison Ribeiro de Menezes et al., 229-42.
- WEST, CORNEL. “A Matter of Life and Death.” *The Identity in Question*. Ed. John Rajchman, London & New York: Routledge, 1995. 15-19.
- WHITE, HAYDEN. “Historical Discourse and Literary Writing.” *Tropes for the Past: Hayden White and the History/Literature Debate*. Leiden: Rodopi, 2006.
- . *Metahistory: The Historical Imagination in the Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The John Hopkins UP, 1973.